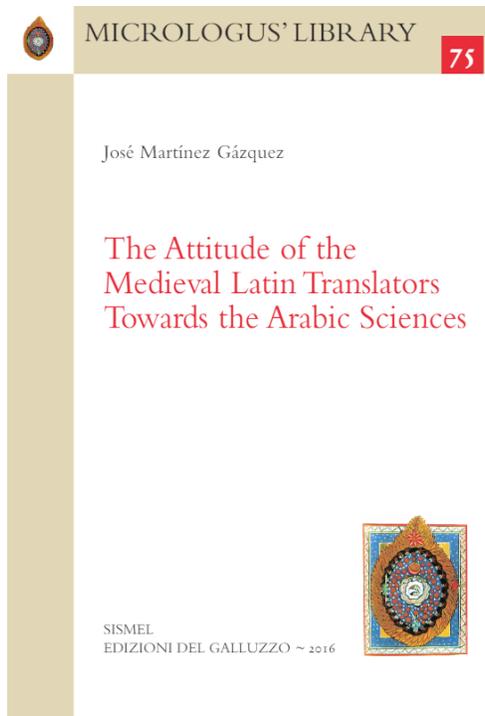




JOSÉ MIGUEL DE TORO VIAL
Universidad Católica de la Santísima
Concepción



THE ATTITUDE OF THE MEDIEVAL LATIN TRANSLATORS TOWARDS THE ARABIC SCIENCE

José Martínez Gázquez, Florencia, SISMEL - Edizioni del Galluzzo, 2016.

La obra de José Martínez Gázquez analiza una de las figuras principales en la construcción de la cultura medieval: el traductor. Ya sea del griego o del árabe, las traducciones al latín o a las lenguas vernáculas son un elemento decisivo en la formación de la civilización europea, siempre nutrida de influencias clásicas y orientales por vía de la recuperación de textos que el Imperio Romano tardío no había tenido interés en conservar. El investigador español, que ya había publicado varios artículos relacionados con el fenómeno de las traducciones y la relación entre los mundos cristiano e islámico, nos ofrece ahora un trabajo de recapitulación sobre estos personajes que permitieron “superar el estado de ignorancia y parálisis intelectual” (p. 6) en que estaba sumida Europa.

Los siete capítulos del libro tienen una extensión muy desigual. Mientras el primero corresponde a una breve introducción, el segundo constituye el grueso del estudio. En él se desarrolla in extenso el movimiento de las traducciones del árabe al latín (dejando fuera las traducciones del griego y del hebreo), a partir del momento en que los cristianos se volcaron a la cultura árabe para llenar los vacíos que tenían, sobre todo en materias científicas: astronomía, medicina, matemáticas. Este largo capítulo II (“Las traducciones del árabe al latín”, pp. 9-133) comienza con los prolegómenos del proceso en los siglos IX y X, con los intelectuales Álvaro de Córdoba († c. 860) y Gerberto de Aurillac († 1003). Este último destacó por sus estudios científicos en la península Ibérica antes de ser promovido al Sumo Pontificado, que aceptó adoptando el nombre de Silvestre II. Durante su estancia en Cataluña, Gerberto se empapó de la ciencia árabe y se llevó consigo a Occidente el sistema de numeración decimal.

A continuación viene un elenco de personalidades que se dedicaron a la labor de traducción entre los siglos XI y XV. De manera ágil, Martínez Gázquez pasa revista cronológicamente a 38 autores desde Constantino el Africano († 1087) hasta el anónimo traductor del *Almadel* y las

Glosas de San Jerónimo (siglo XV). Algunos son especialmente significativos y reciben mayor atención, como Petrus Alfonsi, Adelardo de Bath, Hugo de Santalla, Platón de Tívoli, Gerardo de Cremona, Daniel de Morley, Miguel Escoto, Rufino de Alejandría y Juan de Capua. Pero no se trata de un mero catastro puesto que de las experiencias particulares se van extrayendo los rasgos que caracterizan el fenómeno de las traducciones en general. En sus prólogos, los autores manifiestan el estado de penuria científica e ignorancia que reinaba en Occidente. Un caso paradigmático en este sentido es Daniel de Morley († c. 1210), inglés originario de Norfolk que se fue a estudiar a París y allí se llevó una gran decepción al tratar con maestros de mucha ignorancia y gran arrogancia, razón por la cual decidió continuar su instrucción en Toledo (pp. 94-95). Los textos prologales revelan también las dificultades del trabajo. Eugenio de Palermo († 1202) nativo de Sicilia y versado en griego y árabe, se interesó especialmente por Tolomeo e hizo una versión latina de su *Óptica*. En la introducción cree necesario advertir al lector sobre la complejidad idiomática de las lenguas y sus diferencias tanto en el significado de las palabras como en la composición gramatical (p. 50). Raimundo Lulio, por su parte, representa al traductor consciente de que su trabajo excede las aspiraciones literarias. Siempre urgiendo a sus contemporáneos a aprender las lenguas orientales, el sabio catalán fue quizás el primero en proponer oficialmente la creación de cátedras específicas para la enseñanza de ellas: árabe, hebreo, griego y tártaro; propuesta que hizo en el Concilio de Vienne (1311-1312) como una forma de preparación para convertir a los musulmanes (pp. 116-120).

Pero no todos los personajes del repertorio son traductores propiamente tal. Sorprende, de hecho, encontrar en la lista a Guillermo de Conches († 1154), reputado filósofo, ciertamente, pero en ningún caso traductor. Hasta donde sabemos, ni siquiera estuvo en la Península Ibérica. Lo mismo sucede con Juan de Worcester, cronista inglés activo a mediados del siglo XII. Su presencia en el estudio se justifica, sin embargo, porque testimonian el fenómeno en cuanto usuarios de los nuevos saberes. En efecto, el monje de Worcester dejó registro de las tablas cronológicas de Al-Khwarizmi en su *Chronicon*. Otro caso de esta naturaleza es el de Pedro el Venerable († 1156). El abad de Cluny fue un gran impulsor de las traducciones, compuso un equipo formado por Roberto de Ketton y Germán de Carintia y les encargó la primera traducción del Corán al latín. Con este tipo de estímulos el trabajo de los intelectuales estaba asegurado: Roberto redactó en latín los *Judicia* de Al-Kindi y un *Liber de compositione Alchemiae*, mientras que Germán tradujo la Astrología de Albumasar. Tampoco falta la mención a monarcas que, sin ser conocedores de las lenguas necesariamente, promovieron igualmente las empresas de traducción en sus cortes y talleres: el rey Manfredo de Sicilia (1258-1266), Alfonso X el Sabio (1252-1284) y Pedro IV el Ceremonioso (1336-1378).

El capítulo II es, en definitiva, una colección copiosa aunque no exhaustiva de traductores del árabe. Si bien hay omisiones cuestionables, por ejemplo la de Roberto de Chester (siglo XII, a veces identificado con Roberto de Ketton), es una guía útil para ubicarse en los varios siglos que duró el proceso y viene ilustrada con muchos pasajes en latín tomados de los prólogos.

Los capítulos siguientes, muy breves en relación al anterior, se suceden rápidamente. El capítulo III ("La importancia de España"), busca poner de relieve el papel que jugó la Península Ibérica. Ella era el lugar, en el decir de los mismos traductores, donde más fácilmente podía revertirse la situación de ignorancia de Europa. Pero aquí Martínez Gázquez pone a contribución también la opinión de intelectuales que nunca cruzaron los Pirineos, como Juan de Salisbury († 1180). El filósofo de Chartres declaraba que el conocimiento y desarrollo de las nuevas ciencias solo se podía encontrar en las tierras bajo dominación árabe: España, África, Egipto y Arabia (p. 136). Este análisis se completa con la opinión del gran enciclopedista hispano Juan Gil de Zamora, de principios del siglo XIV († 1318).

El capítulo IV ("Críticas al proceso de traducción"), ofrece las opiniones discordantes respecto de la apropiación de la ciencia greco-árabe. Por el lado islámico se nos muestra que "los musulmanes sentían que estaban siendo robados de sus más preciadas posesiones" (p. 140), por cuanto habían perdido valiosas bibliotecas y además los cristianos se hacían ayudar por sabios árabes esclavizados. Por el lado cristiano, en cambio, aparece Roger Bacon († 1292), sumamente crítico y resuelto para hacer ver la mala preparación de los traductores, los problemas de adaptación de una lengua a otra y las incomprensiones debidas a las diferencias de mentalidad según

los tiempos. Ahora bien, como apunta juiciosamente el investigador, aunque la mayoría de los comentarios del franciscano son negativos, ellos reflejan que las exigencias de las nuevas generaciones eran más altas y que valía la pena enmendar los errores cometidos (p. 143).

El capítulo V (“Toledo, la ciudad medieval del conocimiento”), se centra en el espacio de las traducciones y sobre todo en Toledo. Un nuevo elenco de 13 autores entre los siglos XII y XIV viene en apoyo para ilustrar la importancia de la ciudad hispana como foco de desarrollo intelectual, símbolo de la *copia scientiarum* y de la *abundantia librorum*. Intelectuales del todo ajenos a ese mundo, como Helinando de Froidmont († c.1237) o Cesáreo de Heisterbach († c.1240), reconocen igualmente la preeminencia de la ciudad hispana en este sentido. Y no faltan los testimonios suspicaces: un *fabliau* francés recuerda que Toledo es la ciudad de la necromancia, noticia que se encuentra también en numerosas crónicas del siglo XIII.

El capítulo VI y final (“Textos castellanos”) expone brevemente la contribución que significaron las traducciones al desarrollo de la escritura en lengua castellana, puesto que algunos textos árabes o latinos de origen árabe fueron vertidos a la lengua de Castilla. Aquí destaca la corte de Alfonso X donde el saber oriental era tenido en muy alta estima. Así llegamos al siglo XV cuando termina el proceso: en 1492 son expulsados los judíos, en 1499-1500 se prohíbe la religión islámica y el Cardenal Cisneros ordena la quema de sus libros. El auto fue controversial, ciertamente, puesto que se calcularon unos 5000 volúmenes y los contemporáneos eran conscientes de su valor, como señala el autor del libro citando al notario de Cisneros, Juan de Vallejo: “y así se quemaron todos, sin quedar memoria, como dicho es, excepto los libros de medicina, que había muchos y se hallaron, que éstos mandó que se quedasen” (p. 178).

Las conclusiones de la obra de Martínez Gázquez son escuetas pero contundentes. El esfuerzo de muchas generaciones de traductores instalados en terreno, en un contexto a menudo al margen de la educación formal, ejemplifica a la perfección el espíritu de redescubrimiento del saber antiguo y el interés por preservar los textos griegos, ampliados y refinados por la cultura árabe, a fin de sacar a Europa de la ignorancia en la que había caído. El aporte de los traductores se aprecia especialmente en tres áreas: religión (apologética y controversia), filosofía y ciencia. Todo este panorama, con profusión de testimonios, deja al lector con una gran interrogante ¿hasta cuándo repetiremos que el redescubrimiento del mundo clásico es algo propio del Renacimiento italiano?